

## 10.2. El escritor romántico y la construcción de la nación

TEXTO DE APOYO nº 1: Adriana Rodríguez Pérsico: *Un Huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*, Washington, Interamer, 1992.

Disponible parcialmente en:

[http://www.educoas.org/Portal/bdigital/contenido/interamer/interamer\\_22/index.aspx?culture=en](http://www.educoas.org/Portal/bdigital/contenido/interamer/interamer_22/index.aspx?culture=en)

- 1- Rodríguez Pérsico alude a la “metáfora del desierto”. Este tropo fue planteado en la primera parte del curso y reaparece de nuevo. ¿Recuerdas en qué autores y lecturas?
- 2- ¿Qué implica la siguiente afirmación?

La literatura trabaja con la fusión de ficción y acontecer histórico; los discursos aparecen contaminados por el objetivo primordial de eficacia y utilidad. La literatura trabaja con la fusión de ficción y acontecer histórico; los discursos aparecen contaminados por el objetivo primordial de eficacia y utilidad.

- 3- Resume las características del escrito letrado, según el texto.
- 4- La figuración utópica también es un concepto aparecido con anterioridad. Relaciónalo con los contenidos vistos hasta ahora

### UNA PRÁCTICA LEGITIMANTE

*Se puede suponer que el intelectual ‘universal’ tal como ha funcionado en el siglo XIX y a principios del siglo XX se deriva del hecho de una figura histórica bastante particular: el Hombre de justicia, el hombre de ley, quien opone al poder, al despotismo, a los abusos, a la arrogancia de la riqueza, la universalidad de la justicia y la equidad de una ley ideal. Las grandes luchas políticas en el siglo XVIII se hicieron alrededor de la ley, del derecho, de la constitución, de lo que es justo por razón y naturaleza, de lo que puede y debe valer universalmente.*

—M. Foucault

*Todo lo concebible es posible; lo no concebible es nada, es totalmente extraño al impulso de la intelección.*

—M. Fernández

#### I. La escritura como práctica de legitimación y consenso

En el siglo XIX, estado, nación, gobierno son núcleos de un debate que, lejos de circunscribirse a la esfera de las ideas, se materializa en enfrentamientos armados que se extienden durante gran parte del período. La construcción de la nación es una problemática general en los países

hispanoamericanos recientemente liberados de su condición de colonias; los modelos de la Revolución Francesa y de la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica se convierten en paradigmas para las jóvenes repúblicas.

La cuestión penetra distintos sectores del campo social y determina sus características. Dicho de otro modo, la preocupación por lo público desplaza lo privado hacia un plano secundario. Se busca no solamente la edificación de sistemas que funcionen respecto de la sociedad como principios rectores, generadores de orden y progreso, sino también su legitimación.

La ansiedad por definir los fundamentos de una sociedad, así como las condiciones para su desarrollo, aglutina proyectos que, más allá de sus diferencias, giran alrededor de un denominador común expresado en los conceptos de libertad, progreso, consagración del ideal, posibilidades de evolución de las masas, obligaciones y derechos, sistemas de gobierno. Los filósofos y políticos de los siglos anterior y contemporáneo son las fuentes recurrentes; nuestra realidad nacional —condensada en la metáfora del desierto, el país sin habitantes, pero también sin historia— el obstáculo a vencer para que lo imaginado adquiriera cuerpo.

En este contexto, el peso de lo político resulta decisivo para la constitución de otras esferas. La literatura trabaja con la fusión de ficción y acontecer histórico; los discursos aparecen contaminados por el objetivo primordial de eficacia y utilidad. Hasta la constitución del estado en 1880 configura un espacio de imbricación de discursos donde la política impone la función; y la literatura aporta formas específicas para una recepción más amplia de los proyectos.<sup>1</sup>

Los universales de la ley y la educación recorren la producción de discursos mixtos que encarna en el género gauchesco, pasa por relatos novelescos, recalca en ensayos sociológicos, se articula en panfletos políticos o en artículos periodísticos. Desde estos distintos lugares se explicitan proyectos que focalizan aspectos esenciales para la futura nación: formas de gobierno; conformación del aparato legal; incentivos para el desarrollo y el progreso, participación de las masas; educación en la ley.

Ambos conceptos vinculan o enfrentan las producciones de Sarmiento y Alberdi. El espacio otorgado a cada uno determina los modelos de país y las imágenes del letrado. Poseedor de una verdad oculta para el resto de los mortales, el letrado adopta las vestiduras de un profeta laico; la trascendencia, en vez de apelar a religiones consagradas, se vincula con un nuevo tipo de mística cimentada en el modelo de las ciencias madres, la filosofía, para Alberdi, la historia, para Sarmiento. Y porque es un sacerdote y además de este mundo, sus revelaciones contenidas en programas tienden a establecer las bases de un futuro que entrevé luminoso. Y porque el pensamiento utópico fluctúa entre la racionalidad y el mesianismo, estos intelectuales-profetas tratan de anudar la esperanza del progreso al retorno a los orígenes colectivos —Mayo— que son a la vez los orígenes individuales.<sup>2</sup>

Halperín Donghi señala que el proceso argentino adquiere características excepcionales respecto de otros similares hispanoamericanos en la medida en que en esta parte del Continente el progreso “es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia”.<sup>3</sup> Programa e individuo se santifican mutuamente. Bien colectivo y

---

<sup>1</sup> En su libro sobre el género gauchesco, Ludmer sostiene que la constitución del estado en 1880 permite la separación de los discursos. La literatura habla de la misma problemática de maneras múltiples. Por ejemplo, el género gauchesco propone el pacto imprescindible para el éxito de la guerra a partir de una alianza de voces entre letrado y pueblo; el género discute cómo educar a las masas, cómo inculcarles la ley —liberal o iluminista— para contrarrestar el peso de la ley consuetudinaria que entra en conflicto con la primera. Cfr. J. Ludmer, *El género*

<sup>2</sup> “Al imaginarse como miembro del mandarinato, el intelectual deja de ser el ideólogo de su clase (en el sentido de clase ‘real’: su lugar de inserción en el proceso productivo) para convertirse en ideólogo de ese estamento en estado naciente. Ello implica, desde luego, también un reclamo de poder. No se trata ya de Moreno o Rivadavia intentando pensar por la burguesía portuaria o los hacendados que perjudica el monopolio colonial, sino de un grupo de pensadores que se representa a sí mismo y exige un espacio social protagónico. Las razones de ese protagonismo son exigencias históricas objetivas: los demás estamentos han fallado, llega la hora del mandarinato”. B. Matamoro, “La (re)generación del 37”, *Punto de Vista* IX.28 (noviembre 1986): 40-43.

<sup>3</sup> T. Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino* (Bs. As.: C.E.A.L., Capítulo, Biblioteca argentina fundamental, Serie complementaria: Sociedad y cultura/8, 1982) 8.

nombre propio se unen en un mismo gesto y proyecto. La búsqueda del bien colectivo desemboca en la afirmación del nombre propio que se vuelve social al ser investido por el consenso.

La generación del 37 surge en el horizonte delineado por las luchas entre unitarios y federales como grupo revulsivo y superador de viejas antinomias. La hegemonía anhelada se sustenta en la posesión de las ideas revolucionarias recogidas, en particular, del iluminismo dieciochesco y de las doctrinas liberales o humanitarias de la época. Reafirman un sitio privilegiado para la *razón* concebida como motor primario en el logro de los objetivos. La insistencia en la elaboración de un modelo previo y su posterior aplicación a la sociedad existente, inaugura un modo de relación entre la especulación y la praxis que penetrará hondamente en las generaciones siguientes hasta sellar la organización definitiva en la década del 80, momento en el que cristaliza el diagrama de una nación pensada durante casi cincuenta años.

El pensamiento utópico dominante en los siglos XVIII y XIX europeos marca, en nuestro país, la trayectoria intelectual de la generación del 37 y de aquellos relacionados a ella estrecha o tangencialmente. Echeverría, Sarmiento, y Alberdi transitan un discurso utópico que a pesar de que se distancia de las convenciones preserva el espíritu crítico de sus congéneres.<sup>4</sup> Desde la Revolución de Mayo hasta casi fin de siglo, la construcción del nombre privado corre paralela a la justificación del accionar político.<sup>6</sup> El sujeto es modelado en cada caso sobre la base de una tensión productiva entre el imaginario personal —la misión rectora de actos— y el lugar real que ocupa en la esfera pública.

La posición específica del sujeto genera lógicas distintas: puede hablar por *delegación*, por encargo de un grupo mayor, y entonces su intimidad se socializa porque es representativa de la comunidad; o por el contrario, cuenta su vida para hacerse el lugar público al que se piensa destinado. En el primer caso, el sujeto tiende a borrarse para fundirse con la esfera que le ha dado el nombre; en el segundo, la narración de lo singular prepara el reconocimiento, busca validez insospechable para un nombre propio dudoso o desconocido. Si el sujeto confirma su identidad a través de la acción pública o la práctica escrituraria, complementaria y simultáneamente, el proyecto vale por su firma al pie, porque el nombre concentra múltiples significaciones personales y colectivas.

La superposición de las esferas privada y pública define la tarea primera de la escritura que consiste en la dilucidación o constitución del *lugar actual* del sujeto en la sociedad. Porque esos sujetos se imaginan punto de cruce entre el pasado y el futuro nacionales transitan géneros discursivos que vinculan distintos tiempos. El lugar deseado se fundamenta, por una parte, en el relato de un *pasado propio* que anuda con la historia del país, con lo cual lo individual encuentra el destino común; por otra, ese sujeto que se contempla como guía intelectual (Alberdi) y como guía y político (Sarmiento) asume la misión de planificar el *futuro político* mediante la elaboración de un proyecto que se cumplirá inexorablemente porque es *racional*.

Ambos escritores discuten a través de dos géneros discursivos —utopía y autobiografía— las articulaciones entre sujeto y sociedad, de qué manera lo público conforma lo privado y a la inversa, lo íntimo entra en contacto con lo social. Sobre estas relaciones, Sarmiento desarrolla las formas socio-políticas que definen el estado. Alberdi explora las formas jurídicas. La

<sup>4</sup> Bloch define la función utópica como una “espera positiva”. En este sentido la utopía comparte con la literatura la característica de construir un espacio donde lo posible es real. Lugar de la transgresión sin castigo, para Bloch, el “espíritu de la utopía” reside en la materialización de un sueño. Define al arte de acuerdo con esta función. Bloch mantiene la creencia en la facultad revolucionaria de la utopía en todos sus trabajos. Reivindica un tipo de utopías que denomina concretas, aquellas en las que el “no” real se convierte en un “todavía no”. K. Mannheim subraya que en las utopías se condensan tendencias aún no realizadas y necesarias para determinados grupos. En un contexto dado, el precursor enuncia ideas que serán luego apropiadas por un sector mayor. El precursor es un crítico que mantiene relaciones estrechas con el presente, que propone una vía hacia el progreso por medio de la fe en las instituciones y el poder formativo de la política, la economía y la cultura. El precursor piensa en lo que “debe ser”, la forma de concebir el tiempo revela su ideología. Cfr. E. Bloch, *El Principio Esperanza*, 2 vols. (Madrid: Aguilar, 1977); *The Utopian Function of Art and Literature* (Cambridge: MIT, 1989); y K. Mannheim, *Ideología y utopía* (Madrid: Aguilar, Cultura e Historia, 1973).

cuestión de la legitimidad está en la base de los modelos de estado. En rigor, los géneros discursivos permiten representar el pasaje de la noción legitimante de patria al estado todavía no consolidado.

En los siglos XVIII y XIX en Europa y en el XIX en este Continente, el tópico del enfrentamiento entre razón y sin-razón disuelve los matices y esquematiza los conflictos según una lógica maniquea que coloca la razón del lado de los que poseen ideas —cultura, libros— y la sin-razón del lado de los *otros* que, signados por la inversión, no tienen lugar en los proyectos. Aunque adopten representaciones diferentes, esos otros comparten el rasgo de la irracionalidad, obstáculo máximo en el camino hacia la plenitud. El modelo contempla la disolución del impedimento por la incorporación o la aniquilación.

Los conflictos políticos y culturales se presentan como la aspiración a una razón superior, comprensiva, que abrace la razón subjetiva y lo otro de la razón. La posesión de este tipo de razón permite elaborar estrategias de apropiación del otro mediante discursos que explican y justifican las supuestas diferencias. Este tipo de razón está vinculado a un modelo de subjetividad que conoce y decide en soledad. Al mismo tiempo, y porque el proyecto debe lograr consenso, los textos ponen en juego un modo de racionalidad basada en la relación entre individuos que se consideran iguales.

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaba su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales y escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia.

Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 25.

Este grupo social "especializado" resultó imprescindible para llevar adelante el sistema ordenado de la monarquía absoluta, para facilitar la jerarquización y concentración del poder. Para Rama, parte de su poder le vino dado por el papel privilegiado que se le otorgó a la palabra escrita como intermediaria entre las verdades eternas del espíritu, la Ciudad de Dios, y la ciudad terrenal. Este papel intermediario se prolongó a través de los siglos, mediando entre el poder y la sociedad, especialmente favorecido por su carácter urbano y "por el manejo de los instrumentos de comunicación social y porque mediante ellos desarrolla la ideologización destinada al público" (p. 26). El letrado es un intelectual orgánico de la vida pública, dominada desde la colonia por el culto a la autoridad de la letra.

También mediante un rígido sistema jerárquico la ciudad letrada se apropió del ejercicio de la literatura (cult) e impuso las normas que la definían y quiénes podían practicarla: "Es *la ciudad letrada* la que conserva férreamente la conducción intelectual y artística, la que instrumenta el sistema educativo, la que establece el Parnaso de acuerdo a sus valores culturales<sup>5</sup>.

El proyecto cultural romántico apunta a una legitimación del grupo letrado como interlocutor privilegiado frente al nuevo poder político, cuando no como ejecutor directo de aquel poder. El letrado de esta época no sólo conjuga las tareas del historiador, escritor y político, sino que se atribuye el papel de líder de la cultura y la

<sup>5</sup>Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, Méjico, S.XXI, 1982, p. 66.

interpretación de la verdadera esencia de la sociedad. Es una conjunción de hombre de acción y de letras, en tanto predomina la herencia del pensamiento ilustrado.

*Escribir*, a partir de 1820, respondía a la necesidad de superar la *catástrofe*, el vacío de discurso, la anulación de estructuras, que las guerras habían causado. *Escribir*, en ese mundo, era dar forma al sueño modernizador; era civilizar: ordenar el sinsentido de la *barbarie* americana.

Ramos, Julio: *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, p. 34.

David Viñas ha caracterizado la figura del escritor romántico en tanto:

No sólo internaliza un modelo de universalidad elaborado por otros (imposible para él - además- por el desajuste entre los países centrales que admira y el país periférico en que vive), sino que sus carencias se invierten en programa.

En la misma línea señala el autor que la literatura argentina surge con caracteres propios hacia 1837, a partir de una violenta figuración:<sup>6</sup>.

La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación. *El matadero* y *Amalia*, en lo fundamental, no son sino comentarios de una violencia ejercida desde afuera hacia adentro de la *carne* contra el espíritu. Y a partir de esta agresión inicial los textos del romanticismo argentino pueden ser leídos en su núcleo como un progresivo programa del *espíritu* y la literatura contra el predominio de la materia bárbara. El circuito que va desde los planteos del 37 ó 38 que postulan una síntesis entre *lo espiritual* y *lo material*, entre Europa y América, pasando luego al dilema excluyente de Civilización o barbarie, hasta llegar al darwinismo social con que se mutila esta dicotomía y justifica la liquidación de la barbarie entre 1860-1880 evidencia que la síntesis se desnivela progresivamente hasta disolverse o deformarse: la Argentina tenía que ser el país más europeo de América Latina, el privilegiado enclave del *espíritu universal* en medio de un continente de *tierras calientes*. Podría decirse: querían que la Argentina fuese hablada por Europa.

David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ed. Siglo Veinte, 1971.

---

<sup>6</sup> También Noé Jitrik destaca este motivo en los escritores del 80, que "necesitaban salir del país e ir a Europa para sentirse allí tocando la universalidad a la que de entrada nomás tendió el sistema en cuya creación intervino tan desde dentro [...]. El viaje se sacraliza: el que va a Europa es digno de viajar y Europa *debe* ser viajada por aquél". (Noé Jitrik, "Hombres en su tiempo: psicología y literatura de la generación del 80, en *Ensayos y estudios de la literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970, pp. 132-3).

| Civilización   | Barbarie   |
|--|--|
| <p data-bbox="252 450 751 815"> Ciudad<br/> Europa<br/> Buenos Aires, Montevideo<br/> progreso<br/> Cultura urbana que se concreta en<br/> figuras políticas<br/> Ejército disciplinado, prusiano,<br/> estrategia organizada de ataque<br/> ideas liberales<br/> industria </p> | <p data-bbox="826 450 1318 815"> Campo<br/> América<br/> España<br/> atraso: lo indígena, lo colonial<br/> Facundo= representante del<br/> caudillismo<br/> Ejército popular, montonero, sin<br/> organización ni estructura<br/> ideas absolutistas e inquisitoriales<br/> ganadería </p> |